

¿qué digo? Le he ofrecido á Miguel, me he ofrecido á mí misma, apurar el cáliz hasta el fin. Deseo hablar con Juárez, deseo que usted me consiga una entrevista con él y si la suerte quiere que me rechace y me haga tanto daño como yo aguardo, esas humillaciones las tendré en cuenta como prueba de amor á mi esposo... Déjeme usted hablar con Juárez.

DON SEBASTIÁN

Puede usted pasar en seguida.

DOÑA CONCEPCIÓN

Anúnciame usted.

DON SEBASTIÁN

(Se ausenta un rato volviendo á salir á poco.)

El señor Presidente desea ahorrarle á usted y ahorrarse él mismo la pena de una entrevista.

ESCENA DUODÉCIMA

JUÁREZ, LERDO, D. MARIANO RIVA PALACIO,
D. RAFAEL MARTÍNEZ DE LA TORRE.

RIVA PALACIO

Ya no se puede alegar, señor Presidente, que no haya



— El Presidente desea ahorrarla á usted...

resolución definitiva, tomada por el Consejo de Guerra, acerca de la vida ó de la muerte de Maximiliano. Tenemos en nuestro poder telegramas procedentes de Querétaro en los cuales se nos instruye de que el tribunal falló decretando la última pena para nuestro defendido... Somos ardientes republicanos, señor Presidente, amamos á nuestro país como apenas habrá quien le ame; pero también estamos ardientemente interesados en que el crédito y la honra y la buena fama de nuestra tierra, no sufran en manera alguna entre las otras naciones. La muerte de Maximiliano significará nada menos que el descrédito de México, que el odio de todos los pueblos, que la mala voluntad de todos los soberanos. Su muerte entraña un grave germen de males, porque para la discordia civil es un punto de partida que comienza con sangre, sin que se sepa su término; en cuanto á la historia significa el aislamiento respecto de Europa y un motivo de sentimiento para la nación vecina. Sombrío cuadro el de un futuro que no quisiéramos profetizar... Hay que salvar la vida á Maximiliano, señor Presidente, hay que salvársela en nombre de los principios de libertad que usted ha defendido, en nombre de la República á quien usted ha salvado. No amargue usted la existencia de las familias que quedan vivas reduciendo á la nada al reo de la ley. Esa nada en que se resuelve la muerte es una negra sombra de la existencia cuando se pierde en el patíbulo por un delito político; pero si esa

sombra no se ve al ejecutar á un reo á nombre de la justicia política, la historia nos refiere muchas veces que al través del tiempo que corre, ha conmovido el corazón de quien creyera que llenaba un deber impuesto por la ley.

JUÁREZ

El Gobierno ha tenido pena inexplicable al tomar esta resolución en que cree pueda cifrar el país un porvenir de quietud: la justicia y la conveniencia pública así lo han exigido: si el Gobierno comete un error, no será hijo de la pasión sino de una conciencia tranquila; ella nos dicta esta penosa denegación.

MARTÍNEZ DE LA TORRE

(Con arranque.)

¡Señor Presidente, no más sangre; que no haya un abismo entre los defensores de la República y los vencidos: que la necesidad imperiosa de la paz sea satisfecha por el perdón que se aproxima! No habla á usted, señor Presidente, el defensor de Maximiliano: le veo en la tumba como á Mejía y Miramón. Soy un hombre que ama con delirio á su patria y ella me inspira esta súplica. Que no se nuble el porvenir de México con la sangre de sus hijos: que la redención de los extraviados no sea á costa de la vida de algunos, porque el luto de las familias sería para

el partido vencedor el negro reproche de la libertad triunfante.

JUÁREZ

Al cumplir ustedes el encargo de defensores han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inaccesibles porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre y éste será el mayor placer de mi vida.

(Se dan las manos el Presidente y los ministros y los defensores y todos se alejan tristes y descorazonados.)

ESCENA DÉCIMATERCERA

MAXIMILIANO y el PADRE SORIA.

Lo irremediable de su situación ha sugerido al desgraciado Archiduque la idea de que no debe abrigar esperanza ninguna, y del versátil, del vesánico, del entusiasta y del distraído, ha brotado un hombre nuevo que hace mucho tiempo se encontraba como sumergido y envuelto entre el hacinamiento de preocupaciones, de ideas absurdas y de disparatadas imaginaciones que había acariciado antes; este hombre nuevo es el noble de raza, el caballero gallardo, el enamorado de su propio honor que no se acuerda de haberle traicionado nunca. Se ha entretenido en los últimos instantes en escribir cartas cariñosas á todos sus amigos: para Martínez de la Torre, para Riva Palacio, para el capitán Pierrón y para su madre han sido las letras más cariñosas y hala-

gadoras; pero no ha exceptuado á sus criados, á sus partidarios y á los que le han seguido durante este largo y tremendo viacrucis poniendo de su parte tanta abnegación como cariño.

El padre Soria acaba de leer en un libro, que á cuenta es la *Imitación de Cristo*, traducida por el padre Nieremberg.

MAXIMILIANO

(Interrumpiéndole con vehemencia, se alza del asiento y dice:)

Gran cosa, padre mío, es el amor á Dios; pero ¡cuánto más grande me parece el amor á Cristo Crucificado, á Cristo sufriente, herido, traspasado el costado por una horrible lanzada, manándole sangre y agua y llamándonos con sus brazos abiertos y con sus ojos moribundos! *Verbum caro factum est*, dijo el apóstol, y con esta sola frase le abrió al mundo el camino más amplio para su regeneración y para su grandeza; de esas palabras salieron una idea nueva, una simpatía nueva, una fe nueva, un nuevo culto; desde allí el hombre pudo concebir el amor más hondo por Aquel cuya grandeza le parecía desesperante... Pero en verdad que nada hay tan admirable como la idea de una Virgen, de una Virgen madre de Dios y de los hombres. La idea de la madre de Dios es profundamente distinta de la del Verbo Encarnado; Jesucristo es Dios que baja, Dios que se humilla; María es una mujer elevada entre todas... María sólo es nuestra madre por adición; la recibimos desde lo alto de la cruz; está presente en el cielo, no sobre la tierra. Su nombre no se pronuncia en

la administración de los sacramentos, su poder es indirecto. Sus oraciones nos sirven y han de ser eficaces por el *fiat* de Aquel que es nuestro todo en todas las cosas... Pero hay otro conjunto de ideas de que la Virgen bendita viene á ser el centro: colocar á Nuestro Señor en ese centro sería hacerle descender de su trono. Quien diga que constituímos á María en divinidad, no conoce la divinidad de Jesucristo, no sabe lo que es la divinidad. Nuestro Señor no puede rogar por nosotros como ruega María; no puede inspirar los sentimientos que inspira una criatura. En su calidad de criatura María posee natural derecho á nuestra simpatía, á nuestra familiaridad por razón de que es amiga nuestra. Es nuestra gloria «la gloria única é incomparable de nuestra naturaleza decaída», como dijo el poeta. Nos dirigimos hacia Ella sin temor; desaparecen ante Ella el remordimiento, la agitación interior que nos sobrecogen ante Aquel que lee en nosotros, que nos juzga y nos condena sin remedio. Nuestro corazón se lanza hacia la Virgen sin mancilla, hacia la dulce Madre; la saluda con goce y con reconocimiento cuando se eleva á través de los coros de ángeles hasta su trono de gloria... Tan débil y tan fuerte, tan delicada y cargada de tamaña gloria, tan modesta y tan poderosa, nos ha dejado escrito su retrato en el *Magnificat*: «miró la humildad de su sierva, y en adelante todas las naciones me llamarán bienaventurada...»

EL PADRE SORIA

Sire, me ha conmovido Vuestra Majestad; ¡qué inmenso raudal de amor, qué inmenso tesoro de simpatía y de cariño guardaba en su corazón sin dárnoslo á conocer á los simples mortales!... Sire, sean cuales hayan sido vuestros errores, sean cuales hayan sido las faltas de vuestra vida pasada, los lavan, por una parte, la penitencia que habéis hecho, y por otra, ese grande, ese inmenso amor por la celestial María que os oirá desde el cielo y os cubrirá con su manto bienhechor. ¡Qué lástima, Sire, qué lástima que las leyes de los hombres, que las disputas de los hombres, que las infamias de los hombres lleven al patíbulo, á la execración, á la infamia, á persona como vos!

(Llora desconsoladamente; Maximiliano le consuela con cariño y dándole palmadas en los hombros le ruega no le abandone en el dolor.)

ESCENA DÉCIMACUARTA

Maximiliano quiso despedirse del general en jefe, y Escobedo se presentó á las once y media para recibir los últimos encargos que el prisionero quisiera hacerle. Dormía el Emperador y hubo necesidad de despertarle. ¿Qué pasó en esta conferencia? Parece que el Archiduque procuró por todos los medios posibles obtener de su enemigo que guardara inviolable el secreto de la misión de López hasta algunos años después de la muerte del Emperador.

Poco más de media hora duró la visita, y al cabo de ella Escobedo se retiró quedando solo Maximiliano, que se echó en la cama y durmió

con sueño suave y tranquilo hasta las tres de la madrugada. Asistido de Grill y de Tudos, sus criados de confianza, se alisó y peinó la barba y esperó la llegada del padre Soria, que á las cuatro se presentó á decir la misa.

Asistieron al santo sacrificio los tres condenados á muerte sin que se les conociera pena ni tristeza; comulgaron devotamente y á las seis el Emperador se desayunó un alón de pollo, un poco de vino y una taza de café.

Basch, más tímido que nunca, mezclaba las lágrimas de su miedo con las de su dolor, y mientras recibía los encargos del Emperador para entregar á la Archiduquesa Sofía un medallón, un escapulario y su *alianza*, quedó sorprendido mirando la escolta que mandaba el coronel Palacios.

Eran las seis y media, el sol se extendía como un manto de oro sobre la tierra, que anunciaba con su vegetación potente y viciosa el término de la primavera y la llegada del verano, que en aquella región se viste de pompa verdaderamente regia. De lo alto de la prisión se divisaban los collados cercanos, la Cruz, que se alza apenas á unos cuantos metros del suelo; el Cimatario, con sus altos recuerdos históricos; más lejos los cerros, que mostraban en primer término una peluza suave que parecía un manto de mullido terciopelo; en seguida las serranías abruptas, con sus antros más negros que los *sacos de carbón* de los espacios interestelares; y en el fondo la franja azul, tenue y como movediza de las montañas, que cierran la lejanía y que parecen dar origen al cielo, límpido y sin mancha de nieve ó celaje.

Tres sacerdotes se encuentran cerca de los condenados y con las lágrimas en los ojos dicen á coro aquella oración: «Os recomendamos, Señor, el alma de vuestro siervo, y os suplicamos, Señor Jesús, Salvador del mundo, que os dignéis admitir entre los patriarcas esta alma por la que vuestra misericordia os hizo bajar á la tierra. Reconoced, Señor, á vuestra criatura, que no es la obra que hacen extraños, sino vuestra propia obra. ¡Oh Dios, solo Dios vivo y verdadero; porque no hay más Dios que vos y nadie más que vos puede hacer vuestras obras!...»

Bajan la escalera del convento, y mientras los buenos padres mascullan sus latines, los moribundos caminan poco á poco; del suelo se

levanta un polvillo mal oliente que alzan los zapatos de los hombres de la guardia. Tres coches esperan á la puerta del convento rodeados por dos batallones de infantería y un escuadrón de caballería.

Maximiliano se coloca en el primero en unión de su confesor, Miramón en el segundo y Mejía en el último, echando á andar hacia el Cerro de las Campanas.

Mientras esto acontece en Capuchinas, otros amigos nuestros, JOSEFINA, EUGENIA, MIGUEL y PEPE BRAMBILA, rodean el lecho de Lapierre, que á cuenta está dando las boqueadas.

JOSEFINA

¡Qué horrible noche! ¡Quién había de decir que yo que vi á este hombre sano, contento, lleno de vida y al parecer distante de la muerte más que cualquiera de nosotros lo está, había de asistir á sus últimos momentos y había de verle convertido en saco inmundo de podre, en triste montón de huesos medio roídos por el dolor y medio aniquilados por la muerte!

EUGENIA

(A media voz.)

Dice el Doctor que no dura media hora, que ya son sus últimos momentos.

MIGUEL

¡Eso lo dice siempre! Desde hace doce horas estamos esperando su muerte; el Doctor nos aseguró que no llega-

ría á amanecer, y vean la luz que entra por esos vidrios y convénzanse de que todo lleva trazas de prolongarse hasta lo infinito.

BRAMBILA

Pero ¿qué ruido es ese? Parece un reptil, una serpiente inmensa que se arrastra por la calle frotándose contra las paredes del hospital.

MIGUEL

(Que pone atención.)

¡Ah, ya caigo! Es el fusilamiento... el fusilamiento de Maximiliano y de los suyos. Yo salgo, yo voy á dar fe de ese caso, que probablemente no se ofrecerá en muchos años á nuestra curiosidad.

JOSEFINA

Te llama, Miguel, te llama y dice que trata de hacerte un encargo.

(Miguel se acerca al lecho del moribundo y sólo percibe sonidos guturales ahogados que no significan cosa concertada ni suman entre sí palabras completas. Permanece un rato esperando y al fin sólo se escucha el constante acezo del pobre elefanciaco. Se percibe á lo lejos el sonar de todas las campanas de los templos de Querétaro: doblan á muerto, y al mismo tiempo que el retañido de los bronces se oyen rodar de artillería, correr de transeuntes, sollozos y gritos ahogados.)

JOSEFINA

Llegó ya la hora del sacrificio; se paran aquí, cerca, en el Cerro de las Campanas; ya no se escucha el ruido de los coches; subo á la azotea á ver lo que pasa.

EUGENIA

Recuerda, mamá, que antes que la curiosidad es el compromiso que hemos contraído de acompañar hasta sus últimos momentos á este desgraciado.

PEPE BRAMBILA

Ya es tarde; oigan lo que dice el pregón.

JOSEFINA Y EUGENIA

¿Qué dice? ¿Qué dice?

BRAMBILA

Es la intimación que se hace al público asistente á las ejecuciones; conforme á la ordenanza: «Soldados, en nombre de la Nación: será pasado por las armas cualquiera

que demande gracia para los tres condenados ó para cualquiera de ellos.»

(En esos momentos se escuchan tres descargas y un clamor que no se sabe si baja desde lo alto del cerro hacia el valle en que la ciudad se asienta, ó si sube de la ciudad hacia la colina. Inmensa estupefacción en todos.)

JOSEFINA

Ya todo acabó. ¡Qué horrible desgracia!

MIGUEL

Ya está satisfecha la justicia.



ANTONIO GRILL

ESCENA DÉCIMAQUINTA

Los mismos. GRILL y TUDOS.

Los dos criados llegan verdaderamente alarmados y llenos de aflicción; el triste fin de su amo, el temor que tienen de que les causen daño las fieras republicanas, la idea de encontrarse en país extraño y enemigo y el papel que acaban de desempeñar frente al regio ajusticiado, les hacen llorar á lágrima viva y enternecerse grandemente.

JOSEFINA

(Que mira á los criados del Emperador, se les acerca lamentosa, y tratando de mostrar más pena de la que siente dice á voces:)